

EVOcando A JOSE BLEGER Y REPENSANDO SU OBRA PSICOANALITICA

Rogelio Rimoldi

No debemos convocar a los demonios del Averno y despedirlos sin haberlos interrogado
Sigmund Freud

Agradeciendo mucho el que se me haya invitado a participar en esta reunión, que imaginamos con Carli como un dialogo abierto con otros colegas acerca de un pionero y maestro del psicoanálisis como José Bleger, quiero empezar coincidiendo con mi compañero de mesa cuando habla con tanta propiedad de lo que se moviliza en nosotros con la evocación de una figura tal en quienes somos sus sucesores y tributarios en la evolución del psicoanálisis, particularmente en el psicoanálisis argentino y rioplatense.

Tal convocatoria nos lleva a recordar y querer ofrecer alguna forma de testimonio a quienes tuvimos algún tipo de acercamiento personal con él, pero también nos motiva a repensar acerca de las marcas de su producción que nos han alcanzado a través de nuestra formación y a través de nuestra experiencia de analizados. Y también a reflexionar sobre aquellos aspectos en que nuestra propia experiencia clínica en los que tal legado se ha ido cuestionando teórica y/o empíricamente.

Voy a empezar con mi propio testimonio de ese acercamiento personal, muy fugaz pero que dejo su huella, lo que inevitablemente conllevará algunas referencias a mi persona. Luego seguiré con la consideración de aspectos de su obra que tuvieron relevancia en mi formación y trabajo, algunos de los cuales pudieron tener cambios en el trascurso de estos años

Bleger en persona

Hay varias cosas que me vienen de chico, o desde muy joven digamos. River, el jazz, la lectura y el cine, y también el psicoanálisis! Obviamente este último interés comenzó porque, dado que en mi adolescencia yo era lo que se diría “carne de diván”, me fui a analizar. Pero mi primer análisis transcurrió por fuera del sagrado territorio de IPA, lo que me hizo sentir por un tiempo como una mezcla ambivalente: por un lado, un revolucionario y por otro, una especie de sudaca excluido del primer mundo. Por curiosidad y/o resistencia -seguramente las dos cosas- me surgió el interés por el psicoanálisis como disciplina.

De modo tal que, cuando decidí estudiar medicina, ya tenía el firme propósito de ser analista, para lo que en esa época tenías que ser médico. Eran mediados de los 60' y Carli, en su presentación, ya hizo una descripción precisa y detallada del efervescente contexto cultural, universitario y político de “aquellos años”, un periodo muy rico y lleno de proyectos y expectativas que se cortó con el golpe del 66.

En aquellos primeros años de medicina, una amiga estudiante psicología me insistió para que fuera a la Facultad de la calle Independencia para asistir a una clase de Bleger, algo “imperdible”. Con el sentimiento de impunidad que tenía como egresado del Buenos Aires

fui y me encontré con algo sorprendente: una gran aula repleta (de hecho, nos tuvimos que sentar en el suelo), llena de humo de cigarrillo (todos fumábamos, incluyendo al profe), un auditorio fascinado, y un Bleger que tenía aspecto de un intelectual aburrido pero que, en cuanto lo escuchabas, no podías dejar de escucharlo. Su discurso era preciso, interesante y también estimulante. Impresionaba también el impacto y la adhesión en los y las estudiantes en aquellas épocas en que éramos todos un poco *psicobolches*. Además, para mí, en mi extraterritorialidad de ese momento, era una voz que venía desde el primer mundo psicoanalítico, el psicoanálisis *posta*.

Asistí a varias clases... Bleger hablaba sobre la entrevista psicológica, finalmente la entrevista psicoanalítica, para él una derivación del *método clínico*. Esto del método clínico, como la forma de realizar una exploración, hacía un puente para mí entre lo que escuchaba en la clase y lo que iba a desarrollar como estudiante y como médico en el contacto con los pacientes. Despertó un primer interés en mí sobre los encuadres como condiciones de posibilidad de una investigación, como lo es la *semiología* de un paciente de medicina o de psicología y la posibilidad de validación del conocimiento surgido en tal investigación. Acostumbrado a la entrevista de conocimiento de paciente, en el modelo médico, como *anamnesis*, me impactó su propuesta de la “entrevista abierta”, en que se trataba de establecer un campo apropiado para que el paciente despliegue su conducta con una mínima interferencia por parte del psicólogo. Es decir, aceptando que el campo de la entrevista psicológica se conforma por la participación de ambos intervinientes, tratar de obtener que el campo se configure especialmente y en su mayor grado por las variables que dependen del entrevistado. Algo así como lo que, más adelante, entendí como una formulación de la *regla de abstinencia*.

Una perspectiva epistemológica: Bleger planteaba la cuestión de los encuadres en relación con la necesidad de acotar el campo de investigación, pero entendiéndose como parte de un método y por lo tanto como algo que guiaba la investigación a partir de ciertas reglas fundadas en conocimientos previos.

Esa experiencia con las clases de Bleger me decidió, junto con un par de amigos y compañeros de medicina con intereses parecidos a los míos, a inscribirnos y cursar materias de la carrera de psicología. Bleger, José Itzighzon y su perspectiva reflexológica, Eugenio Puciarelli y su magisterio filosófico, son algunas figuras representativas de ese momento.

Pero el efecto blegeriano tenía aun otras extensiones. Citando un texto de Juan Carlos Volnovich, accesible en internet, en el que refiere una experiencia muy similar a la mía, como estudiante de medicina haciendo turismo por la carrera de psicología, dice: “*Con el poder de la transferencia José lograba no solo que lo quisieran –eso ni era entonces, ni es ahora tan difícil- sino que lo leyeran.*”

Yo quede como un lector permanente, durante mucho tiempo, de su *Psicología de la conducta* (especie de vademécum para los estudiantes de esa época) y un pariente cercano,

la *Crítica de los fundamentos de la Psicología* de Politzer, cuyo tomo dedicado al Psicoanálisis lleva un prólogo y un apéndice de Bleger. El concepto de *dramática* -que hace pensar en el encuadre blegeriano en su carácter de *escenario*- proviene de la obra de este autor donde aboga por lo que él denomina una Psicología Concreta, es decir, una psicología desprovista del lastre del mecanicismo y del espiritualismo que considera han dominado en el campo de la psicología en general y también en la obra de Freud. Esto no impide que sostenga “el carácter revolucionario del psicoanálisis” ya que aporta, gracias a un trabajo crítico de lectura, “nuevos fundamentos” para la “construcción de la psicología”. Bleger enfatiza el valor epistemológico de esta crítica del psicoanálisis que deriva en la consideración de nuestros modelos conceptuales o de lo que su maestro Pichon Riviere llamaba esquemas referenciales, aquello que guía nuestra aplicación del método y organiza nuestra observación clínica y nuestra doble tarea simultánea de investigadores y terapeutas. Mi experiencia de estudiante de medicina cursando materias de psicología encontró su límite muy pronto, a mediados de 1966, con el golpe militar de Onganía y el apartamiento de la Facultad de aquellas figuras emblemáticas del psicoanálisis. Cuando, a principios de los 80, finalmente recalé en APdeBA, Bleger había muerto hacia casi 10 años. Salvo aquellas pocas clases nunca más tuve contacto personal con él, aunque sí seguí hasta la actualidad dialogando con muchas de sus ideas.

Dialogando con las ideas de Bleger

El materialismo dialectico, los niveles de integración de la materia y de la conducta; el antireduccionismo.

Esta noción, tan claramente desarrollada en *Psicología de la Conducta*, me guió siempre en mi práctica clínica y en mi consideración de la fenomenología clínica. La idea de estos diferentes niveles en una secuencia en que, en determinado nivel de complejidad de un nivel, se produce un cambio cualitativo que da lugar a nuevas funciones que se articulan y se desarrollan a partir de una legalidad propia que debe ser reconocida y respetada frente a todo intento reduccionista -psicologismo, biologismo, etc.- que se propone explicar los nuevos fenómenos a partir de las cualidades y leyes del anterior.

Esta cartografía básica pero fundamental me permitió muchos años después comprender y formular el abordaje de cuadros como la anorexia nerviosa, en que el síntoma y el destino del paciente están multideterminados y sostenidos desde en forma conjunta desde lo biológico, lo psicológico y lo familiar.¹ La posición antirreduccionista indica que el abordaje

1

En un cuadro de anorexia ya establecido, el rechazo por el alimento -inicialmente voluntario-, se sostiene a nivel biológico: por liberación de sustancias inhibitoras del apetito: ya son realmente "anoréxicos" pues han perdido la sensación subjetiva de hambre. A nivel familiar el rechazo del alimento suele representar para quien lo padece una

de estos trastornos no solo debe ser *multidisciplinario* sino también *multifocal*. El síntoma, una vez establecido, ha adquirido autonomía en cada uno de los niveles consignados (biológico, familiar, individual). Por lo tanto, el tratamiento debe encararse simultánea e independientemente siguiendo esos tres ejes fundamentales. Estas verdades, que ahora me parecen casi de Perogrullo, llevan en mí la marca de aquellas lecturas blegerianas.

El encuadre psicoanalítico en perspectiva

Como comenté antes, el interés por el tema de los encuadres y en particular el psicoanalítico provienen inicialmente de una inquietud epistemológica: la necesidad de crear condiciones que permitan la observación y la investigación científica. Una observación que, para Bleger, nunca es neutral ni objetiva, ya que el observador forma necesariamente parte del fenómeno investigado y esto aleja a la observación psicoanalítica (y científica en general) de aquellos presupuestos de un naturalismo que es puesto en cuestión por nuestro autor aun en el mismo Freud. Opone de esta forma el enfoque naturalista al fenomenológico. Según el primero, los hechos/fenómenos que estudia el científico, transformados en cosas, son ajenos al sujeto que los estudia. Por el contrario, el enfoque fenomenológico estudia los fenómenos tal como son percibidos y experimentados tanto por el sujeto que los estudia como por el sujeto estudiado. Aquí el encuadre psicoanalítico es pensado como las constantes -materiales y metodológicas- que posibilitaran el estudio de variables que se generarán en un campo de encuentro entre analista y analizado. Creo que en parte lo está pensando -muy en consonancia con las ideas de Politzer- como el escenario de una dramática a cuyo decurso ambos contribuyen en el eje transferencia/contratransferencia, pero que básicamente está destinada a la investigación de la conducta (y sus determinantes) de un individuo concreto.

Cuando iniciamos un análisis hacemos una convocatoria a los "demonios del Averno", tanto del analizado como los propios, que se expresarán a través de los fenómenos transferenciales y contratransferenciales, con el propósito de interrogarlos. Bleger no solo examinó y fundamentó con claridad la importancia del encuadre psicoanalítico a los efectos de la investigación de "demonios" transferenciales/contratransferenciales, si no que descubrió

forma de alcanzar una especie de identidad y la reivindicación de una supuesta "autonomía", en el seno de familias que se caracterizan por la indiscriminación, y por una dinámica tendiente a poner trabas al proceso de separación-individuación-independencia de sus integrantes. Paralelamente a nivel intrapsíquico cuanto más rechazan lo que necesitan en términos de vínculos afectivos ("anorexia emocional"), menos pueden interiorizarlos y se intensifica un sentimiento de vacío interior. Esto último aumenta la necesidad respecto de los demás (dependencia), y mayor tiene que ser el rechazo de los vínculos y de su subrogado: el alimento.

a algunos de ellos silenciosamente depositados en el encuadre y los transformo en objeto de investigación. Planteó así que ese marco "mudo", que solo se solía analizar ante sus rupturas o incumplimientos, debe asimismo ser interrogado psicoanalíticamente en su mudez, y así lo plantea en su famoso trabajo de 1966, luego incluido en *Simbiosis y Ambigüedad*.

Ya hizo Carli referencia a este texto fundamental y de algunos de los ejemplos clínicos que ofrece Bleger, como el del paciente que empezó a tener dificultades con el pago de honorarios, y cuya reacción emocional frente a esta dificultad reveló que en el hecho de su cumplimiento previo (el cumplimiento riguroso con ese aspecto de encuadre) residía una parte importante de su encuadre privado, la fantasmática continuidad con la situación económica y social de la familia de su infancia. En este caso, como en aquel otro que buscaba un departamento y se enteró de que Bleger estaba comprándose uno pero no se lo informó, y en palabras del autor, *para el paciente se rompió "un algo" que era así y que debía ser como siempre lo fue, y no concebía que pudiese ser de otra manera. Exigía la repetición de lo vivido, de lo que para él fue "siempre así"....Sólo con el "no cumplimiento" de su "mundo fantasma" pudo ver que "mi" encuadre no era el mismo que el de él, que aún antes del "no cumplimiento" ya estaba presente su "mundo fantasma"*.

Se trata de la depositación en el encuadre del *meta yo*, una parte indiferenciada del Yo, silenciosa y esencial para la estabilidad mental y el encuadre se transforma de esta manera en el lugar de la *repetición perfecta* de un estado fusional con la madre.

En otros términos, Bleger plantea la tesis de que la inmovilidad del encuadre es el depositario de la parte psicótica de la personalidad, estableciéndose a ese nivel una relación indiscriminada con el analista. El paciente tiene así un *encuadre propio*, diferente del explicitado y convenido con el analista que debe ser detectado y examinado, lo que se puede vincular con nociones como las transferencias preformadas de Meltzer y las fantasías patológicas de curación. Debe desconfiarse, entonces, de la "mudez" del encuadre. Con respecto a esto último, me parece válido el comentario de Etchegoyen respecto a que, a veces, el encuadre parece "mudo" debido a una "sordera" del analista, en cuanto al material que el paciente puede estar aportando respecto de la significación inconsciente que las funciones del encuadre tienen para él. En todo caso, Bleger trató de sacarnos de esa sordera. Al extender estas ideas desde el encuadre como institución a las otras instituciones, incluyendo a las *instituciones psicoanalíticas*, nos dejó planteada también la necesidad de revisar las depositaciones de las que son objeto, su funcionalidad y su eventual patologización.

La pandemia, el análisis a distancia y el encuadre

Como no podía ser de otra manera, la situación de la pandemia puso nuevamente en primer plano la cuestión del encuadre psicoanalítico. Los analistas abandonaron los consultorios y

los divanes y el contacto con los pacientes solo se pudo mantener por la intermediación de un tercero tecnológico y su condición de posibilidad operativa: las redes de internet o telefónica. Lo que todavía se discutía como forma de análisis, el psicoanálisis o la psicoterapia a distancia, se transformó de golpe en la exclusiva manera de sostener procesos que se habían iniciado en el marco clásico.

Esta exclusividad se fue modificando con la declinación de la epidemia y la posibilidad de retorno a los consultorios y al contacto personal. Actualmente, al menos en mi caso, se alternan estas modalidades, inclusive en el formato que se ha denominado "híbrido". Como comenta Carli, estos cambios han abierto debates en todos los ámbitos psicoanalíticos, y que se han centrado en gran proporción entorno a los "cambios en el encuadre".

Creo que sigo a Bleger al plantear que lo fundamental en cuanto a la creación y mantenimiento del encuadre es la invariancia. Es decir que en todo lo atinente a los arreglos en torno a el espacio de encuentro (material o virtual), su temporalidad y frecuencia, etc. lo más importante es su mantenimiento.

Sin embargo, muchas veces se tiende a concebir al encuadre reduciéndolo al conjunto de estipulaciones manifiestas y formales. Me parece que, en esto, como en tantas otras cosas, lo esencial es lo que no se ve, el "espíritu de las reglas" más que las reglas en sí mismas o su materialización. Me refiero, por supuesto, al hecho de que el encuadre es necesariamente tributario de la definición que cada psicoanalista tiene de la índole específica de su tarea, de sus objetivos y del método, su marco conceptual, y en virtud de la cual se establecen las estipulaciones formales. Aquello que en Bleger (y en Politzer) remite a la consideración de los *fundamentos* de nuestra práctica.

La *actitud analítica* -que es lo sustantivo del encuadre en el desarrollo de la sesión- es la planteada por Freud en términos de la atención flotante y la regla de abstinencia; por Bion en su fórmula de "sin memoria ni deseo"; por Meltzer como aquel estado mental, a partir del cual el analista no responde con actuaciones sino con comprensión (el empleo de la conciencia para el pensamiento verbal y no para la acción).

La propuesta de trabajo analítico -regla fundamental / atención flotante y abstinencia- demarca una desigualdad (lugares y funciones diferenciados entre analista y paciente), pero también establece una relación de semejantes: ambos participantes del vínculo analítico son tributarios del método, ambos deben ajustarse a una ley que los abarca a ambos.

Esta perspectiva podría moderar un poco las inquietudes suscitadas por la disruptiva interrupción de la pandemia. Si podemos pensar, junto a Meltzer que considera que lo central del encuadre es la *actitud analítica*, o Green que jerarquiza el *encuadre interno* del analista, algunas de estas cuestiones materiales podrían modificarse -con condición de poder luego sostenerse- sin que se altere el *setting* en su esencia.

Han sido A.Green (1974), R.Roussillon (1984) y S.Decobert (1986) quienes han señalado que el modelo de aparato psíquico del Cap.VII y el modelo del encuadre analítico, están

organizados conjuntamente en referencia al modelo del sueño. La *regla fundamental* propugna abandonar las representaciones expectativa conscientes. Equivale a un relajamiento voluntario de la censura destinado a ampliar el campo de la conciencia para dar con los retoños de lo reprimido. Un fundamento similar tiene la *atención flotante* sugerida al analista. La abolición del polo motor y sensorial: posición acostada, con apartamiento visual del analista, solo centrando la atención en su actividad psíquica. Similar a la situación del sujeto durante el dormir.

Estas condiciones favorecen que el analista pueda ser tomado -al modo de un "resto diurno"- como objeto de transferencia. Al modo de un "resto diurno" adecuado, el analista debe ser todo lo insaturado, que le sea posible, como indica la *regla de abstinencia*. Todo apunta a crear las mejores condiciones para que el paciente pueda "soñar" su transferencia. En los análisis a distancia durante y después de la pandemia he adoptado, junto con muchos colegas, un procedimiento que intenta recrear aquellas disposiciones clásicas en el nuevo contexto tecnológico: nos vemos con el paciente al principio y al final de la sesión (como si fuese el encuentro al llegar o irse del consultorio), y la sesión transcurre con cámara apagada (como si fuese en el diván). Sin embargo, no es así con todos los análisis donde por diversas razones los pacientes necesitan mantener el contacto visual, y donde los procesos también van adelante sosteniendo -y a la vez- interrogando estas condiciones y el sentido que tienen. Actualmente pienso que el encuadre más adecuado para cada análisis *se va creando* y alcanza a establecerse con matices diferentes, en su materialidad, con cada paciente. Y todo esto sin entrar a considerar las complicaciones inherentes a la imposibilidad de mantener los honorarios en épocas de alta inflación. Ya es una obviedad señalar que este tipo de instancias generan cuestiones ligadas a aquello de los "mundos compartidos" por analista y paciente, estudiado por Puget y Wender, y muy evocado a propósito de la pandemia.

Simbiosis y ambigüedad.

Tengo que confesar que no he mantenido mucho contacto con este sector de la obra de José Bleger, un descuido quizás ligado a mi formación kleiniana, que me alejó de cualquier posición respecto de los inicios de la formación el aparato psíquico que no fuese una discriminación inicial yo/no yo rápidamente alterada por la identificación proyectiva. El famoso *splitting e idealización* inicial, cuya deficiencia explicaría los estados confusionales. Sin embargo, al volver ahora sobre los trabajos de Bleger e independientemente de las teorizaciones sobre la simbiosis inicial y la comprensión de los aspectos indiferenciados a partir de ahí, la descripción clínica de la ambigüedad y sus vicisitudes y observables, me generó mucho interés.

Coincido completamente con lo que señala Carli en cuanto al interés clínico de esta perspectiva de Bleger. En su descripción de la *ficticidad*, condición que evoca al Proteo de la

mitología y al Leonard Zelig, de Woody Allen, de lo que se trata es de mantener la omnipotencia: el sujeto se siente con la capacidad de desempeñar determinado rol o función, siempre que no tenga que llevarla a cabo realmente. El violinista que es genial en tanto no tenga que sacar su instrumento del estuche; el político opositor que puede resolver todos los problemas del país siempre que no tenga que gobernar, son algunos de los ejemplos que propone Bleger.

En la *facticidad*, se intenta salir de la metamorfosis permanente, de la ficticidad, por la adopción de un tipo de organización más estable, a través del apego a una institución, un grupo, un trabajo, que conforman un tipo de seudoidentidad que se sostiene en la acción correspondiente. El sujeto *es* en tal acción. La descripción evoca ciertas caracteropatías y la sobreadaptación. Un paciente dice en la primera entrevista que “tenía el esqueleto afuera, como algunos bichos que tienen caparazón pero no tienen esqueleto”, y este ejemplo que Bleger señala como una característica de la personalidad con *yo factico*, nos evoca inevitablemente al *exo-esqueleto* bioniano.

Finalmente se realiza una distinción entre *yo factico* y *personalidad psicopática*: en el psicopata existe un yo más integrado que se defiende de la ambigüedad, utilizando el mundo externo para depositarla. El yo factico actúa como los demás quieren, el psicopata trata de que los demás actúen como él quiere.

Otra manera en que la ambigüedad intenta una organización más estable es a través de una polarización extrema: el *maniqueísmo* y la *personalidad autoritaria*. En estos casos la extrema rigidez funciona como una formación reactiva para evitar la recaída en la ambigüedad.

Releyendo el capítulo sobre la Ambigüedad, tan rico tanto en ejemplos clínicos como en consideraciones teóricas y diálogos con otros autores sobre fenómenos similares, me surge la necesidad de retomar esta lectura y examinar con más detenimiento estos conceptos que tienen aplicación en la intelección de fenómenos no solo del consultorio (ahora material o virtual), sino también grupales, institucionales y de la sociedad en general.

Muchas gracias